

LA PAZ, TU COMPROMISO

TEXTOS y CONCLUSIONES de las JORNADAS DE JUSTICIA Y PAZ

en conmemoración del 30 aniversario

**celebradas en
Sevilla**

16, 17 y 18 de Octubre de 1999

OPUS SOLIDARIETATIS PAX
Caminos de Paz en tiempos de globalización

D. JOSÉ MANUEL PUREZA

Investigador del Centro de Estudios Sociales.

*Profesor de Relaciones Institucionales en la Universidad de Coimbra y
Miembro de la Comisión Nacional de "Justicia y Paz" de Portugal*

"... Entonces, la Península Ibérica se movió un poco más, un metro, dos metros, como probando fuerzas. Las cuerdas que servían de testigos, lanzadas de borde a borde, como hacen los bomberos en las paredes que presentan brechas y amenazan venirse abajo, se rompieron como simples cordeles, algunas, más sólidas, arrancaron de raíz los árboles y los postes a los que estaban atadas. Hubo luego una pausa, se sintió pasar por los aires un gran soplo, como la primera respiración profunda de quien despierta, y la masa de piedra y tierra, cubierta de ciudades, aldeas, ríos, bosques, fábricas y campos de cultivo, con su gente y sus animales, empezó a moverse como barca que se aleja del puerto y emproa al mar otra vez desconocido".

José Saramago: "La Balsa de Piedra"

He querido empezar por leer este extracto de la "Balsa de Piedra" de José Saramago porque este retrata el sentido de lo que me está sucediendo hoy aquí. A lo largo de los años, he tenido el privilegio de experimentar la Península como mi casa. por la mano fraterna del Prof. Juan Antonio Carrillo Salcedo y de mis amigos del Departamento de Derecho Internacional de la Universidad de Sevilla, he aprendido a amar los colores, los sonidos, los sabores y los sentimientos de Andalucía. Creo que, al final de estos años, he aprendido igualmente a mirar el mundo con las mismas inquietudes, la misma indignación y los mismos entusiasmos que los andaluces. Hoy, con esta invitación tan amable, la Comisión Justicia y Paz de Sevilla me ha impuesto un paso más ("un metro, dos metros, como probando fuerzas..."). Frente a todos los fundamentalismos, Ustedes están demostrando que en la balsa de Saramago hay igualmente espacio para la comunión de los cristianos españoles y portugueses. Les quiero manifestar mi sincera gratitud por permitir que yo pruebe que es realmente así.

1. " Vivimos el final de una época". "Vivimos un tiempo de perplejidad e inquietud". "Todo ha cambiado".

Estas expresiones, que son ya consideradas como lugares comunes en nuestros días, dan cuenta de algo que nos debe hacer reflexionar profundamente: hemos sido creados en un universo de conceptos de creencias, de interpretaciones y de vivencias que ya no es capaz de

captar la realidad que está ahí, en un conjunto de modelos de raciocinio y de organización colectiva en el que ya no se reconocen las nuevas generaciones.

Tan solo en dos décadas, hemos asistido a una intensificación sin precedentes de las relaciones transnacionales. Ha sido como si el mundo tuviese experimentado una súbita compresión sea en el espacio sea en el tiempo. El viejo mundo, rico en países lejanos y en paisajes exóticos, se ha estrechado y se ha quedado de hecho más pequeño. La circulación instantánea de la información, transformada sea en señales de televisión sea en órdenes de compra y venta de dinero virtual en los mercados financieros, convirtió en trivial el conocimiento, o incluso la participación, en tiempo real, en los hechos y en los destinos de pueblos situados al otro lado del mundo. En rigor, ha dejado de existir el otro lado del mundo, tan rápido y pleno es el acceso de los dominadores de las redes informáticas a la realidad de cualquier punto del planeta.

Sin embargo, para las nuevas generaciones la experiencia de un mundo finito y redondo ya no es fascinante ni innovadora. Para ellas este es un escenario dado e indiscutible, con el que se relacionan a la medida de sus ambiciones y de sus escalas de valores. Por ello, la sociedad global ya no es una referencia virtual o una red tecnológica y se ha convertido en un campo moral: el modo según el cual se está procesando la globalización constituye un legado cultural y ético para las nuevas generaciones e influirá decisivamente sobre su modo de concebir la ordenación de las relaciones sociales y humanas. Ahora bien, ¿qué orden estamos creando en este mundo finito y redondo?.

El pilar fundamental del orden global es la competitividad global. Si anteriormente las economías nacionales explotaban sus ventajas comparativas en los mercados internacionales, hoy día se observa una completa desterritorialización de los circuitos productivos y de los mercados, que la privatización de todos los sectores económicos y la desreglamentación de los mercados nacionales ayuda a concretar. Competir deslocalizando, ahí está la regla del éxito. Pero la deslocalización tiene rostros distintos: los productos se deslocalizan porque resultan de la sucesiva integración de componentes en decenas de orígenes diversos; los capitales se deslocalizan en virtud de las compras y ventas estratégicas de la propiedad de las empresas y de la multinacionalización de sus accionistas; el mercado de trabajo se deslocaliza, como resultado del gran mandamiento de la economía global: la flexibilización.

Simultáneamente a esta globalización de la competitividad en la economía real, se desarrolla una globalización de la competitividad en los mercados financieros. Sin embargo, éstos han adquirido absoluta autonomía respecto de los intercambios de bienes y servicios. La actual crisis de los mercados bursátiles - que se transmite, con la misma invisibilidad que cualquier enfermedad contagiosa, de Bangkok a Sao Paulo o de Moscú a Londres - demuestra que estamos en plena fase de "capitalismo de casino", como le ha llamado Susan Strange, es decir, un frenético y arriesgado sistema de apuesta en fondos, acciones o divisas extranjeras, sin la mínima conexión con el valor real de las economías respectivas.

Estas no son realidades técnicas, cerradas en Wall Street y aisladas de nuestro cotidiano. Al contrario, la prueba de que estos fenómenos han dejado de ser estrictamente económicos y se han convertido en elementos incorporados en nuestra cultura, es que conformamos toda nuestra vida por un pensamiento (único, para algunos) al cual Roger Garaudy llama “el monoteísmo del mercado”, con su “liturgia publicitaria y mediática, sus sacramentos últimos de la riqueza y del poder sobre la naturaleza y sobre los hombres”. Garaudy subraya que tradicionalmente la cuestión del sentido de la vida encontraba respuestas bien fuese en la sociedad (que proponía o imponía sus valores) bien fuese en la religión (con sus propuestas de revolución de los fines últimos de la vida). Pues bien, sigue este autor, “ hoy día, nuestras sociedades atomizadas, animadas solamente por el movimiento (...) de individuos, de grupos o de naciones en confrontación, evolucionan según relaciones de competencia y de fuerza las cuales originan dominaciones y dependencias, cuyo único criterio es el performance que produce el éxito en la búsqueda del dinero, que permita la supervivencia o el poder”. Y las religiones “parecen todas ellas entrar en el futuro mirando al pasado. Identifican la fe con la forma cultural o institucional que ella ha podido asumir en esta o aquella fase anterior de la Historia”.

2. La verdad es que la globalización está lejos de ser global. Sus leyes de funcionamiento debilitan toda la lógica de inclusión universal prometida por el contrato social de la modernidad.

La globalización está siendo un inmenso mecanismo de exclusión, al cual ni los globalizados, ni incluso los globalizadores, escapan. La lógica de la desreglamentación, de la privatización y de la competitividad global resulta en la multiplicación de los pobres y en la creación de pobreza sea donde ya era dominante sea incluso en los países ricos, donde la pobreza y la miseria se han convertido en fenómenos no marginales sino de gran dimensión. Por ello, para muchos (entre los cuales me sitúo), el verdadero horizonte de la globalización no es la aldea global sino más bien el apartheid global.

Hablar del apartheid no es simplemente una fórmula retórica. Se trata de que, al igual que en el antiguo sistema social y político racista de Africa del Sur, el orden establecido por la globalización legitima las diferencias entre ricos y pobres, atribuyendo a los poderosos facultades de perpetuación de su superioridad y limitando de forma imperativa los horizontes físicos, culturales y económicos de los dominados. En mi opinión, son fundamentalmente tres las expresiones del apartheid global.

A) El “Soweto global”. Con esta metáfora quiero simbolizar que el apartheid global se hace, en primer lugar, de multitudes de pobres y miserables, condenados a vivir para siempre en esa pobreza y miseria. He aquí unos datos relevantes:

- 1.3 mil millones de personas por debajo del nivel de pobreza absoluta, de los cuales la mitad con menos de un dólar al día, en una economía mundial que totaliza 27 mil billones de dólares anuales.

- 54 de los 84 países menos avanzados han tenido quiebras de renta absoluta a lo largo de las dos últimas décadas (en 14 de ellos, quiebras del 35%).

- La inversión directa extranjera se ha concentrado en su 90 % en los tres polos de riqueza mundial (Europa, Estados Unidos y Japón), quedando el resto del mundo, que tiene más del 70 % de la población mundial, con menos del 10 % de esos flujos de inversión.

- La ayuda pública al desarrollo ofrecida por los países de la OCDE ha disminuido, solamente en 1996, en 3, 8 mil millones de dólares, lo que significa que no ocupa hoy más que el 0, 25 % del total de los productos nacionales respectivos; por el contrario, los intereses de la deuda de los países del Sur han subido un 172 % entre 1970 y 1990, de los que resultan transferencias netas anuales del Sur hacia al Norte de aproximadamente 40 mil millones de dólares.

El círculo vicioso de la deuda de los países mas pobres es el mecanismo mas perverso de esta perpetuación del Soweto global, por cada tres dólares prestados por los bancos de los países ricos a las élites de los países pobres, dos regresan inmediatamente para el pago de intereses y el resto no llega para pagar la deuda acumulada a otros financiadores. Esto significa que para los desesperados habitantes del Soweto global, la falta de horizonte es total y la vida se traduce en un permanente ejercicio de cabotaje para garantizar la supervivencia y nada más.

B) El “estrecho global”. Con esta segunda imagen quiero simbolizar que el orden establecido por la globalización proclama el principio de la movilidad, pero no permite su cumplimiento universal. Son dos las negaciones prácticas de este principio. En primer lugar, la movilidad de los capitales es plena, mientras que la movilidad de las personas no lo es. En segundo lugar, la movilidad de las personas es, en sí misma, desigual. Hay una profunda contradicción entre la transnacionalización de las expectativas de consumo, propia de un mercado global y las limitaciones extremas de las economías de escasez de los países periféricos. La huída desde la pobreza, desde la miseria, desde la guerra y desde la falta de horizontes es la salida cada vez mas buscada por multitudes de habitantes del Soweto global, en búsqueda de El Dorado en el neón de los países de la abundancia.

La respuesta de los ricos está siendo invariablemente la creación de condominios cerrados, como el que actualmente, en la Unión Europea, tiene en las Convecciones de Schengen y Dublín sus oficializaciones. Como ha sido recordado en las Jornadas sobre “ Refugiados: derecho y solidaridad”, organizadas por la Universidad de Sevilla en febrero de 1994, este comportamiento restrictivo de los países ricos contrasta con los hechos, una vez que son los países en desarrollo los que se enfrentan a problemas de migraciones mas dramáticos. De hecho, los datos del ACNUR para mediados de esta década referían 20 millones de refugiados, a los que se añaden 25 millones de desplazados internos. Pero la lista de países que soportan mayores cargas, en proporción con su población, tiene en los primeros lugares a países como Malawi, Armenia ; Burundi o Pakistán, y solamente cinco europeos y Canadá están presentes en los cincuenta primeros.

C) El “ Sáhara global ”. Con esta tercera y última imagen, yo quisiera llamar la aten-

ción sobre el hecho de que la hegemonía absoluta de la competitividad y el consiguiente crecimiento de la pobreza y del endeudamiento potencian el desastre ecológico como resultado natural de nuestro modelo de civilización.

Aún aquí, la pobreza es la raíz principal del desastre. Después de la acumulación de errores de crecimiento a lo largo de las décadas, los países ricos se han especializado en la exportación de fuentes contaminadoras hacia los países en desarrollo, sea por la exportación directa de residuos tóxicos o nucleares, sea por la aplicación de tecnologías contaminantes en esos países con la promesa de fácil y rápido desarrollo. Los resultados son demasiado conocidos. Mencionaré dos solamente:

- Mientras que los países del Norte están recuperando las dimensiones y calidades de sus bosques, los países tropicales han perdido, en las últimas 4 décadas, 1/5 de sus bosques, o sea, aproximadamente 30 millones de hectáreas por década, con especial énfasis para países como Brasil, Congo, Venezuela o Indonesia. Naturalmente, la relación entre deforestación y deuda externa es directa.

- La deforestación es solamente una de las causas de la pérdida de suelo y de la pérdida de productividad de la tierra. Las observaciones efectuadas en países africanos como Nigeria dan cuenta de pérdidas de suelo entre 5 a 10 metros de profundidad con áreas entre los 10 y los 100 metros.

3. He intentado no exagerar en el retrato que les he presentado de nuestra sociedad global. De él, resultan visibles en su crueldad unas tensiones y divisiones profundas que marcan nuestro tiempo.

Y son precisamente estas tensiones las que determinan el contenido de un compromiso con una paz sostenible y justa para nuestro tiempo y para el futuro. Como recordaba el Exsecretario General de Naciones Unidas, Boutros Boutros - Ghali, en su "Programa de Paz", "... Los agujeros de la capa de ozono pueden entrañar para la población afectada peligros mayores que los de un ejército hostil. La sequía y las enfermedades pueden diezmar a la población con la misma crueldad que las armas de guerra. Es por ello que en estos momentos de renovada oportunidad, los esfuerzos de la Organización por consolidar la paz, la estabilidad y la seguridad deben englobar temas que trascienden las amenazas militares, para que sea posible romper las cadenas de los conflictos y las guerras que han caracterizado al pasado..".

Sin embargo, como he referido antes, el gran problema consiste en que la generalidad de las personas no es capaz de asociar los resultados de la competitividad global a la cuestión de la paz. El triunfo del capitalismo liberal nos habrá hecho entrar en el "final de la historia". No hay más lugar para interrogantes radicales o para sueños de transformación profunda de la realidad. Como ha escrito recientemente José Saramago, los hipermercados no han sustituido solamente a las catedrales, ellos se han convertido en estructura base del modelo de la educación moral y ciudadana dominante en nuestras sociedades. "Somos educados

para clientes. Esa es la educación básica que estamos transmitiendo a nuestros hijos". El único imperativo es el de la máxima eficiencia y el del absoluto pragmatismo. En un universo así, la gran virtud es la del realismo y el gran pecado el de la utopía. Justicia social y equidad no son más que pretensiones normativas defendidas por saudosos o líricos. La única ley de leyes es la oferta y la demanda y todo lo que se le oponga es irracional y acientífico. Es José Saramago quien escribe: "estamos todos acostados en una cuna que se mueve suavemente y hay una voz que susurra alrededor del mundo: duerme, duerme tranquilo, que nosotros te guiaremos. Sobre todo, no sueñes, no sueñes, no sueñes, no sueñes... Y nosotros, obedientes, no soñamos."

Para mí, el primer presupuesto en que se debe asentar nuestro compromiso con la paz en tiempos de globalización es éste simplemente: observar, juzgar y soñar. No nos dejemos adormecer, mecidos por los susurros de los triunfadores de la globalización. Basta que estemos atentos y observemos nuestra realidad para comprender que difícilmente nuestro tiempo puede ser calificado como de paz. No sólo porque a nuestro alrededor se afirman permanentemente nuevos conflictos de mucha violencia, siendo muchas veces nosotros mismos, "los países civilizados", protagonistas de esa escalada bajo el disfraz de combate al terrorismo o de ingerencia humanitaria. Es algo más que eso: en nuestro tiempo, la paz se hace más de ausencias que de presencias, es más una tranquilidad en el desorden que una tranquilidad en el orden. En este tiempo de globalización, cuando el apartheid global asume toda su crudeza, se vuelve particularmente claro que la paz se compone no sólo de dimensiones negativas, sino también, y cada vez más, de elementos positivos.

Marciano Vidal, en su tratado sobre "Conceptos fundamentales de ética teológica", ha sistematizado las convicciones negativas y las convicciones positivas en que se basa hoy día la verdad ética de la paz :

" Convicciones negativas":

- La paz no consiste en el ejercicio o en el efecto del monopolio del poder por parte de una potencia imperialista.
- La paz no es el equilibrio del terror.
- La paz no se reduce a "la tranquilidad del orden" cuando ese orden se realiza a costa de la justicia.
- La paz plena y auténtica no puede ser el efecto del militarismo, de la economía de las armas, de las alianzas defensivas o de la política de bloques.

" Convicciones positivas":

- La paz formula la situación ideal de la historia regida por la bondad.
- La paz se construye con los valores básicos de la libertad social y de la justicia socio-económica.
- La paz sobrepasa los límites de la estricta justicia; el "el fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar" (GS,78); hablando el lenguaje religioso, la paz es el rostro social de la caridad.
- La paz es un perpetuo quehacer (GS,78), "es praxis histórica en ascenso continuo".

De esta articulación entre convicciones negativas y positivas como base de una paz auténtica para nuestros tiempos de globalización resulta un postulado fundamental: el de que el compromiso por la paz no puede ser menos que un combate por una nueva propuesta de civilización, que oponga al ethos antipacifista de nuestra cultura de competitividad y selectividad un orden de valores de equilibrio, fraternidad y solidaridad.

Ojo: hablar de un nuevo proyecto de civilización no es hablar de una inaccesible construcción intelectual y teórica sin raíces en el mundo de la vida. El Director General de UNESCO, Federico Mayor Zaragoza ha subrayado que “la suprema expresión de la cultura es el comportamiento cotidiano”. Por ello, frente a la cultura de tristeza apocalíptica y de dimisión ciudadana, el compromiso por la paz constituye exigencia de una vida guiada por otras referencias y conducida de otra forma.

4. Yo creo que fundamentalmente hay dos grandes pilares para este modelo alternativo de civilización, o, en una formulación más modesta, para este proyecto de vida.

El primer pilar consiste en entender la dignidad de cada otro no solamente como un límite sino como un estímulo a mi acción cotidiana. Es decir, el compromiso con la paz es inevitablemente un compromiso con los derechos humanos, pero estos han de ser entendidos como derechos del otro, más que como pretensiones de afirmación personal propia. La globalización ha transformado la unidad del género humano de simple referencia ontológica en realidad sociológica. En ese sentido, una paz auténtica impone el reconocimiento de los mismos derechos a todas las personas y a todos los pueblos. Indivisibilidad y universalidad, como ha escrito Juan Pablo II en su mensaje para el Día Mundial de la Paz de 1998, son dos principios orientadores que exigen la ubicación de los derechos humanos en las distintas culturas y la profundización de su construcción jurídica de forma que se garantice su pleno respeto.

Sin embargo, me parece importante subrayar que la centralidad de la dignidad humana en este proyecto de vida va más allá del sentido legalista y juricista que se ha incorporado en el discurso oficial de los derechos humanos. El nivel legal de formalización de la dignidad no agota la protección de la dignidad. El Papa lo reconoce, cuando escribe en el mismo mensaje que “el respeto de los derechos humanos no incluye solamente su protección jurídica, sino también todos los aspectos que resultan de la noción de dignidad humana, la cual está en la base de todo derecho”. Por ello, yo creo que debemos aceptar que el compromiso por los derechos humanos no puede dejar de tener una fuerte dimensión subversiva más bien que absolutamente legalista y de orden. En este sentido, yo creo que, de acuerdo con Boaventura de Sousa Santos, “el proyecto de la modernidad ha sacralizado y trivializado los derechos. Tenemos ahora que hacer el trayecto opuesto: trivializar el derecho y sacralizar los derechos”. El segundo pilar de un nuevo y radical compromiso con la paz es la conversión a la solidaridad.

Es de conversión de lo que se trata. La experiencia cotidiana de la vecindad con pueblos lejanos y de acceso a la información sobre hechos distantes en tiempo real permite creer que la interdependencia se ha tornado en categoría disciplinadora de las relaciones internacionales de nuestro tiempo. Pero no es así. Es cierto que el mundo actual ya no tiene un lejano far west hacia donde poder exportar sus contradicciones. Es cierto también que, como ha recordado el profesor Rodríguez Carrión, “una crisis energética en una parte del mundo puede originar una crisis económica en otra, una revolución tecnológica en una tercera y una crisis demográfica en una cuarta, provocando de esta forma una crisis política generalizada”. Pero esto no es más que una interdependencia fáctica, mecánica. Ahora bien delante de las tensiones que caracterizan a la sociedad internacional contemporánea en proceso de globalización, el compromiso con la paz exige una mutación y una renovación de los sistemas, de los métodos y de las instituciones. En su mensaje para el Día Mundial de la Paz de 1984, Juan Pablo II refería que “la fe cristiana tiene una palabra para designar a esta mutación fundamental del corazón: es la palabra conversión. Sumariamente, la conversión consiste en reencontrar la clarividencia y la imparcialidad con la libertad de espíritu, el sentido de justicia con el respeto por los derechos humanos, el sentido de la equidad con la solidaridad mundial entre ricos y pobres, la confianza mutua y el amor fraterno”.

La alternativa al apartheid global es pues la conversión a la solidaridad, entendida como “determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común” y “la disposición de **perderse**, en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a **servirlo** en lugar de oprimirlo para el propio provecho”, como expone el número 38 de la Encíclica Sollicitudo Rei Socialis. Por eso, la solidaridad no se confunde con la episódica compasión para con el destino trágico de multitudes lejanas y sin rostro. No es una forma de compensación de nuestra incapacidad de “dejarnos devorar por el sentido apasionado del destino común” de la que hablaba Theillard de Chardin. La solidaridad nace del sentido de la comunión y de la unidad fraternal de todo el género humano, es decir, sea de los hambrientos del Sahel sea de mis colegas de trabajo, sea de mi familia más próxima, sea del pueblo mártir de Timor.

Es en la conversión a esta solidaridad genuina en la que yo creo que se basa un nuevo proyecto de civilización, opuesto al apartheid global. De él se perciben ya unas referencias centrales.

A) El margen - Hemos de reaprender a evaluar los modelos de organización y de normalidad social. A la dictadura del éxito es urgente contraponer la perspectiva de los excluidos, de los marginados, de los oprimidos. No como concesión piadosa para con los pobres sino como requisito incontornable de nuevos patrones de vida para todos.

B) La fidelidad - El monoteísmo del mercado ha convertido todo en descartable y sustituible. En el imperio del efímero no son solamente los productos que son cambiados, sino también las ideas, las relaciones, las convicciones. “Todo tiene su precio”, se oye. La fide

lidad se ha convertido en un valor que cotiza a la baja, en la exacta medida en que nuestras sociedades han dejado de ser guiadas por proyectos y se han vuelto enfermas de lo que François Ost llama la "miopía temporal": una amnesia casi total respecto al pasado y una incapacidad casi total de incorporarse en un futuro deseado. Para mí, la fidelidad es un elemento fundamental de esta alternativa al apartheid global y al monoteísmo del mercado, porque ella valoriza el primado del humanamente denso, de la verticalidad de las convicciones y no de la flexibilidad de las conveniencias.

C) El femenino - Aragón decía que "la mujer es el futuro del hombre". Hemos sido creados en un universo de héroes (Carlos V, Napoleón, Alejandro Magno), portadores de una mundividencia bélica, agresiva, propietarista y centrada sobre el poder. Al plantear al femenino en el centro de un proyecto de paz auténtica, yo quiero subrayar la urgencia de otros códigos, como el cuidado, la atención, la administración, la disponibilidad, la belleza o el afecto.

D) La utopía - El modelo civilizacional del que somos herederos, basado en la creencia en el progreso ilimitado proporcionado por la tecnociencia y en la libertad de cambios en el mercado nos ha conducido a una percepción muy poco apetecible del futuro. Para los excluidos del presente el futuro aparece con la certeza de mas exclusión y desigualdad y para los supervivientes surge con tintes de amenazas de ruptura energética, alimentaria o ambiental. En el reino del monoteísmo del mercado, vale el presente eterno, hecho de una repetición resignada de lo que está. Por el contrario, el compromiso con la paz auténtica se basa en la convicción de que, delante del apartheid global y del monoteísmo del mercado, el único realismo posible es el idealismo y de que, como ha hecho notar Jerome Bindé (Director de la Unidad de Análisis de Previsión de la UNESCO), la ética del futuro no es la ética en el futuro, es la ética aquí y ahora, para que mas tarde haya un aquí y un ahora".

E) El patrimonio común - En fin, son también expresiones de este nuevo proyecto los distintos ensayos para concretar el principio del destino universal de los bienes. La noción de que nos ha sido confiado algo que es esencialmente frágil - la vida, la ciudad - ha conducido a la exclusión del apetito devorador del monoteísmo del mercado de unos espacios y recursos y a su afectación al bien común de la humanidad. El mar ha sido, desde siempre, la matriz de esta idea. Para los que aman al mar, la unidad física prevalece sobre todas las divisiones políticas o jurídicas. Los que aman al mar no conciben ningún derecho de propiedad sobre él, sino solamente deberes de administración. Los que aman al mar saben que, en su inmensidad y riqueza, él puede dar más a los que tienen menos y no puede ser nunca un elemento incorporado en el apartheid global.

Estos no son mas que unos fragmentos de un compromiso solidario con la paz. Pero aún hay otro: el silencio. Sin una espiritualidad fuerte y la disponibilidad para la contemplación como sus raíces, nuestro compromiso con la paz será siempre frágil. Por ello, yo quiero terminar citando a Madre Teresa de Calcuta, que ha sido una mujer de silencio y de paz: "La oración es el fruto del silencio. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz"

José Manuel Pureza